

al otro, si se planteaba la opción extrema. Pero también conoció los límites en que la visión es razón y locura. Ambas, el extravío y la cordura, son caminos del conocimiento.

Quizá su metáfora mayor es la que lo sitúa en la línea de Aristóteles y San Francisco, junto al Aquinate: un sistema teocéntrico que sostiene la unidad del saber, síntesis de amor y conocimiento, de razón y fe. Un mundo ordenado y jerárquico que puede ser explorado y dominado por la labor humana, el mundo concebido largamente por la modernidad, entre Cusa y Hegel, por ejemplo. Un deslinde frente a los averroístas y agustinianos, con su perspectiva agónica del mundo dividido entre razón y fe, y su intento de dotar a la razón de autonomía frente a la revelación, de convertirla en especulación pura, autofundada.

A los 74 años, Llull fue metido en chirona por un obispo que no aceptó sus razonamientos «progresistas» sobre el carácter difusivo de la bondad, que explicaba por qué Dios había inventado o dejado inventar la historia, donde el bien se amplía y el mundo se mejora. Otro drama de la modernidad.

La obra de Llull es extensa, compleja y sembrada de oscuridades. El lector no especializado puede perderse fácilmente en ella (salvo, quizás, en sus relatos alegóricos) y abandonarla en plena fatiga. Libros de introducción como el presente, a cargo de estudiosos (Bonner es uno de los editores de Llull) nos permiten llegar rápidamente hasta un mallorquín muy lejano y muy próximo, más moderno que tantos paisanos monolingües suyos, más europeo y más curioso del vario universo.

Las poéticas de Joyce. Umberto Eco. Traducción de Helena Lozano, Lumen, Barcelona, 1993, 180 páginas

Joyce ha sido una de las preocupaciones y uno de los espejos de Eco (qué simétrico: un eco en un espejo). Estos textos fueron publicados en 1962 y rehechos veinte años después, pero apuntan la inquietud del escritor italiano por la doble faz del arte en nuestro siglo: la vanguardia y el anacronismo. Pocos ejemplos tan densos y calificados como el de Joyce existen para probarlo.

El Joyce de Eco se debate entre una concepción medieval del hombre (parte de un orden cerrado y jerár-

quico: el sistema de lo real organizado por Dios y puesto a disposición del hombre por medio de la Revelación y la Razón: escolástica) y una concepción contemporánea (mundo abierto y proliferante, fragmentario y lleno de posibilidades múltiples que ponen en cuestión su calidad). «En Joyce, la elección definitiva no se produce, y su dialéctica nos brinda, más que una mediación, el desarrollo de una polaridad continua y de una tensión nunca aplacada», leemos en página 12.

Es decir: entre ambos paradigmas de humanidad y de cosmos hay una agitación dialéctica que busca una síntesis y quizá la encuentre en la *epifanía*, aquello que es, a un tiempo, manifestación de lo sagrado en el don, y símbolo, es decir elemento en perpetua significancia. En esta categoría epifánica, tan mentada por Joyce, se encuentran la palabra transparente del realismo con la palabra opaca y densa del simbolismo, el instante como belleza absoluta de los esteticistas y decadentes que fascinaban a Joyce (a contar desde Walter Pater) tanto como Tomás de Aquino y su perfecta suma de las sumas del saber.

Eco estudia largamente la catolicidad de Joyce, dividiendo su vida como católico en un período jesuítico (teología barroca sin Dios, argucia, arte de ingenio, gusto por el razonamiento y el silogismo) y un segundo momento, tomista y neoescolástico. Joyce es católico en la sumisión y en la blasfemia, como corresponde: en la misa blanca y en la misa negra. Son católicos: su gusto por el inventario que apunta a lo exhaustivo de la razón en el mundo; su preocupación salvífica; su regusto por las liturgias expiatorias; su culto por el placer, el pecado y el perdón; su negación del éxtasis y el goce, sustituidos por el delirio y la visión; su obsesión por el arte como esplendor de la verdad.

Los materiales usados por Eco son varios pero, sobre todo, *Ulysses* y *Finnegan's Wake*. De este último texto sostiene que se trata de un intento delirante y utópico de escribir con el lenguaje, ignorando la dispersión babilónica de las lenguas, base de la literatura desde siempre. Eco enjuicia tal libro en la página 152: «Con qué ironía y desapego trata Joyce el material cultural que emplea en su construcción —digamos, también, con qué impresionante aridez acumula cosas con cuya forma se entusiasma, pero en cuya sustancia no cree en absoluto».

¿Qué tarea inadvertida cumplió Joyce, católico ateo, exiliado jubiloso, vanguardista anacrónico? Eco la define como la realización, en el lenguaje, de una de las posibles formas del mundo (de uno de los tantos mundos posibles, cabría agregar, como eco de lo anterior). Situado en un tema crucial, puesto ante su propia hipóstasis, el escritor italiano, en su buena forma, se muestra en este libro como uno de los mejores críticos literarios actuales, dueño de una cultura que produciría espanto si no estuviera trabada por lazos de ironía y explicada con un lenguaje preciso y agudo que, en ningún momento, pierde de vista su objetivo: hacer literatura con la lectura.

Mi vida en Alemania antes y después de 1933. Un testimonio. Karl Löwith. Traducción de Ruth Zauner y Andreas Lotha, Visor, Madrid, 1993, 188 páginas

Karl Löwith, autor de dos libros capitales para entender las filosofías de la historia (*De Hegel a Nietzsche y El sentido de la historia*), escribió, en 1940, un resumen de su vida, destinado a obtener una cátedra en Estados Unidos. Es lo principal de este libro, junto con un *curriculum* redactado en 1959. Löwith, católico de origen judío, germanizado, discípulo de Heidegger y apasionado por Nietzsche, debió sufrir la expulsión de la Alemania nazi, la nazificación de su maestro y el uso hitleriano de su filósofo. Se exilió en Italia y luego en Japón, países de los que debió marcharse para evitar represalias, dada su alianza con la Alemania nacionalsocialista. Acabó sus días en Heidelberg, en 1973, repuesto en su lugar por su amigo Hans Georg Gadamer, a quien volvió a encontrar en Mendoza (Argentina) en 1949, durante un congreso de filosofía que el entonces presidente Juan Perón inauguró leyendo un discurso redactado por otro antiguo alumno de Heidegger, Carlos Astrada.

Löwith hace un examen penetrante y doloroso de la Alemania de entreguerras, una cultura densa y compleja, sometida a un proceso de descomposición generado por sus propios elementos aniquiladores. La oposición a Europa, la protesta contra Roma, que viene desde el imperio romano, pusieron a Alemania en una situación de omnipotencia y paranoia cuya expresión más demente y dañina fue el nazismo. Detalles de enfática sordidez muestran hasta qué punto un delirio de superioridad

puede encubrir una honda maniobra suicida a partir de una persecución nihilista de todo lo que disiente, difiere y se percibe como distinto.

El destino de Löwith parece haber sido el de un judío que dejó de serlo hasta que el perseguidor volvió a identificarlo como tal, y el de enfrentarse, siempre, con un enemigo que, siendo más poderoso que él, no pudo aniquilarlo. De ahí, quizá, su interés por el destino trágico de la razón en la historia, que sólo puede ser rescatada por una teología que explique por qué un Dios infinitamente bueno ha creado un mundo permeado por el Mal.

Quienes conozcan y admiren la obra de Löwith agradecerán esta edición, echando de menos que no se expliquen los personajes apenas señalados con una mayúscula. Y quienes aún duden del nazismo de Heidegger, Klages, Jung, Bäumler, etc., tal vez logren eliminar dudas.

Blas Matamoro

Carta a mi madre. Georges Simenon. Traducción de Carlos Manzano, Tusquets editores, Barcelona, 1993

Fue otro francés quien escribió *Le livre de ma mère*, Albert Cohen: pero Cohen tenía claros sus sentimientos y su libro es un canto de amor, a veces impactante, en otras un poco penoso, a su madre muerta. La historia de Simenon es más compleja y oscura, aunque yo no dudo de que haya complejidad en la transparencia ni de que la sencillez no sea insondable. La historia, en síntesis, es la siguiente: en 1977, la madre de Simenon, con la que apenas sí había tenido algún trato afectivo a lo largo de toda su vida, está falleciendo. Su hijo, durante esos ocho días, la visita diariamente y se pregunta por quién sea esa mujer. Tres años después, en forma de carta a su madre, escribe esos pensamientos. Los datos relacionados con este suceso es que un año después de la muerte de su madre, Simenon dejó de escribir novelas, cosa que había hecho durante toda su vida de manera prolífica.

Carta a mi madre es un libro breve, escrito con una gran economía verbal, rozando la pobreza en la que su

madre, orgullosamente, siempre se quiso mantener y con un ritmo en el que se hace patente la fatalidad. No es suficiente decir que uno de los aspectos principales es que la madre de Simenon, de la que concluye que fue una mujer buena, «no necesariamente para los otros, sino buena para ti, buena en el fondo de ti misma», también fue desprendida y generosa para con los necesitados pero nunca con aquellos que consideraba «bienaventurados», como su hijo Simenon al que nunca le aceptó sus ayudas y al que jamás le dio afecto. Hay que señalar la imagen impenetrable que nos ofrece Simenon de su madre. Mientras él rastrea en su memoria algunos trazos que le permitan adentrarse en el enigma de esa persona, su rostro cada vez nos parece más enigmático. Tal vez porque, para entenderla a ella, debemos entender también a Simenon, un personaje que se acerca al abismo de sí y sólo nos muestra el rastro de una tragedia.

Un mundo dentro del mundo. Stephen Spender. Traducción de Ana Poljak, Muchnik Editores, Barcelona, 1993

Un mundo dentro del mundo (World within World), 1951, fue escrita por Stephen Spender alrededor de sus cuarenta años, y en ella analiza y cuenta su vida, sobre todo a partir de su adolescencia. Spender se propone ser lo más fiel posible a lo que le ha ocurrido en un periodo de su vida y a un estado de su alma, por emplear un término prepsicoanalítico, que va, aproximadamente, de 1928, cuando ingresa en Oxford como estudiante, hasta 1939, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y también el fin de la Guerra Civil española en la que el poeta Spender participó, brevemente, como voluntario en las Brigadas Internacionales. Éstos son los acontecimientos históricos fuertes que contrastan con la investigación y recuento de su vida de escritor, en diálogo por aquellos años con W. H. Auden, Christopher Isherwood y otros. Hay una frase que expresa bien el espíritu de la obra: «Estoy convencido de que, si soy capaz de escribir verídicamente acerca de lo que me ha ocurrido, esto puede ayudar a otros». Pedro Abelardo, en el siglo XII, y en la primera carta de *Historia calamitatum*, ya ofrecía también su obra para que sirviera de consuelo a otros. Spender vive en nuestro siglo y su ayuda se traduce, no en una mitigación comparativa de los males, sino en una com-

prensión. Comprender libera, entre otras cosas, de la opacidad de lo incomprensido, de la fuerza oscura y tenaz de lo que negamos o no queremos comprender. Lo que en un principio en Spender es una debilidad, se convierte en una virtud: el ejercicio de relatividad a que somete su temperamento y sus juicios en relación a la de sus coetáneos, por miedo a la soledad o una acentuada necesidad de camaradería, se transforma en una actitud compasiva, no exenta de lucidez, de la diversidad irreductible de los comportamientos y los juicios de los otros. Un relativismo que no le impide seguir su propio camino.

Spender creció en un mundo que al par que creía temía al progreso, y el progreso, *grosso modo*, considera óptimamente el presente y pésimamente el pasado, puesto que todo él viene perfeccionándose, sólo que, ¡ay!, el presente está condenado a gran velocidad a ser pasado y, por lo tanto, lo que llamamos tradición se ve convertida en una traición. El mito que le habían legado era que el mundo «se había dado solución a sí mismo desde la historia pasada». Al mismo tiempo, se idealizaba los tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial como una Edad de Oro. La vivencia del progreso era contradictoria porque la guerra había creado una brecha difícil de saltar. Spender fue un muchacho idealista, soñador, no muy buen estudiante. Pierde a su madre a los doce años. No fue un trauma: su madre había estado siempre enferma y tenía un carácter histérico que impacientaría al joven Spender. Cuando contaba diecisiete perdió a su padre, un padre cuya «irrealidad» como persona le aterraba. Es decir, que no encontró en él en ningún momento el punto de encaje de la simpatía. «Mi padre convertía todo en abstracción retórica, en la que no había nada concreto, ninguna exactitud». Quien hace el papel de madre es su abuela materna, de origen germano. Spender aprende alemán y durante varios años pasa buenas temporadas en Alemania. La abuela le da lo que los padres le negaron: un amor más allá y más acá de los preceptos, las ideas y las formas. Inmediatamente aparece Auden en su biografía: un joven inglés, culto e inteligente con un carácter decidido y proactivo, y un talento especial que impresionaba al mundo estudiantil de Oxford. Spender define a Auden y se define a sí mismo: «La vida de Auden estuvo dedicada al esfuerzo intelectual de analizar, explicar y dominar sus circunstancias. La mía ha sido de completa sumisión a la experiencia». Esta «sumisión»